

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS Y ORÍGENES DE LA NOVELA: GRANDES LIMITACIONES DE MENÉNDEZ PELAYO

JUAN MANUEL DE PRADA

RESUMEN. La historia de las ideas estéticas de Menéndez Pelayo constituye un monumento por su erudición asombrosa y juicio generoso. Frente al estereotipo de un Menéndez Pelayo rígido y antipático lo que resulta es un crítico periscópico y simpático.

PALABRAS CLAVE. Menéndez Pelayo. *Historia de las ideas estéticas*. Orígenes de la novela. Crítica.

ABSTRACT. *History of Aesthetics Ideas in Spain* is a masterpiece of scholarship. Astonishing in what concerns erudition and generous for judgement. Just the contrary of the current stereotype, we find a 360° and sympathetic view.

KEY WORDS. Menéndez Pelayo. *History of Aesthetics Ideas in Spain*. Origin of the novel. Literary criticism.

1. Introducción

Extraño destino el de Marcelino Menéndez Pelayo. Titán de la erudición, hombre millonario de lecturas, polígrafo insomne, de una penetración intelectual sin límites, fue sin duda el español más culto de su tiempo; y, desde entonces, no creo que haya habido nadie que pueda desatarle la correa de las sandalias. Escribió una obra que le proporcionó fama de «martillo de herejes», *Historia de los heterodoxos españoles*, en la que se propuso demostrar que la fe católica era el principio espiritual que había infundido carácter y energía a la cultura española a lo largo de los siglos; y sólo por esto se granjeó la enemiga de los intelectuales a la violeta, que, como corresponde a los espíritus chiquitos, se dedicaron desde entonces a denigrarlo. Así hasta llegar a nuestros días: todavía está reciente el intento de remover la estatua que le fue erigida en la Biblioteca Nacional, de la que fue director, bajo un gobierno de izquierdas; y en este año de su centenario, bajo un gobierno de derechas, su inmensa figura apenas ha sido reivindicada.

Resulta, en verdad, paradójico que Marcelino Menéndez Pelayo se haya quedado sin defensores en nuestro tiempo. Quienes podrían defenderlo reniegan de él, lo ocultan o no lo reconocen, pues lo consideran una estantigua catoliconica (seguramente sin haberlo leído); y quienes más razones tendríamos para oponerle reparos somos quienes lo vindicamos, conscientes de que su grandeza intelectual merece nuestro reconocimiento. Pero la preterición de Menéndez Pelayo vuelve a poner de relieve los rasgos idiosincráticos de la «derecha oficial» española, tan ignara como acomodaticia, dispuesta a dejar que sus mejores hombres caigan en el olvido, por pusilanimidad y pereza mental, resignada siempre al penoso papel de «conservadora de la revolución» que Balmes le asignó.

Y el caso es que Marcelino Menéndez Pelayo no es tan sólo, a mi juicio, un mero «compilador de datos», como algún ilustre participante en este simposio ha afirmado. Un gran escritor argentino, Leonardo Castellani, estableciendo una clasificación de los hombres de ciencia, los dividía en tres tipos: en un primer estadio, estaría el

erudito, el mero «recopilador de datos», maestro y dominador de su ciencia, que sin embargo vive encapsulado en la misma y carece de visión para salirse de ella y entablar conexiones con otros saberes que la complementan; en un estadio intermedio, se hallaría el letrado, una suerte de erudito con visión de águila, que a la vez que se zambulle en su ciencia logra entablar conexiones con otras ramas del saber que le están vedadas al erudito; por último, en un tercer estadio, se encontraría el auténtico «sabio», que logra poner sus erudiciones enciclopédicas y el caudal incontable de sus conocimientos al servicio de una comprensión global del mundo. Si Menéndez Pelayo no alcanzó este tercer estadio, creo que tampoco se quedó estancado en el primero.

Así lo prueba en las dos obras admirables cuyo comentario se me ha encomendado, *Historia de las ideas estéticas en España y Orígenes de la novela*. Ambas son obras inconclusas que dejan en nosotros, por razones diversas, un regusto de insatisfacción: si la segunda no pudo ser completada porque al autor lo visitó la muerte de forma prematura, la primera —concebida como un manual para sus alumnos— fue interrumpida por razones menos claras, que tal vez tuviesen que ver con el temor del autor a provocar el enfado de sus contemporáneos.

2. La *Historia de las ideas estéticas*

La *Historia de las ideas estéticas* que ha llegado hasta nosotros consta de cuatro volúmenes, que constituyen una impresionante zambullida en las corrientes estéticas y en las teorías filosóficas que las sustentaron, desde la noche de los tiempos hasta el romanticismo francés; se calcula que el plan de Menéndez Pelayo era escribir al menos otros cuatro volúmenes, dedicados a historiar el pensamiento estético y sus diversas plasmaciones literarias durante el agitado y fecundo siglo XIX español, así como a un tratado último, en el que deseaba exponer sus preocupaciones personales. Publicada originalmente en 1883 en dos tomos y reeditada seis años después con una revisión muy profunda a la que el propio autor alude en una nota que se incluyó a modo de prólogo en la segunda edición, la *Historia*

de las ideas estéticas nos muestra la tensión interna de un hombre constitutivamente católico que se confronta con su formación abigarrada y ecléctica, a veces incluso contradictoria entre sí, entablando un feroz combate que no se resuelve de modo tan satisfactorio como en la *Historia de los heterodoxos españoles*.

Es verdad que en varios pasajes de su obra Menéndez Pelayo proclama su adhesión sincera a la fe católica; así, por ejemplo, en el capítulo dedicado a los autores cristianos primitivos, escribe sin ambages: «No vino a enseñar estética ni otra ninguna ciencia el Verbo Encarnado, pero presentó en su persona y en la unión de sus dos naturalezas el prototipo más alto de la hermosura y el objeto más adecuado del amor, lazo entre los cielos y la tierra. Por Él se vio magnificada con singular excelencia la naturaleza humana, y habitó entre los hombres todo bien y toda belleza». Se trata, desde luego, de una profesión de fe indubitable, una efusión sincera y paladina que, sin embargo, no se articula de modo convincente cuando tiene que vérselas con los grandes escritores y filósofos que ponen en solfa «el prototipo más alto de la hermosura y el objeto más adecuado del amor» que hizo patente el Verbo Encarnado. Tal vez si hubiese llegado a escribir el epílogo anunciado, tal incongruencia habría quedado resañada; pero, tal y como la *Historia de las ideas estéticas* ha llegado a nosotros, la incongruencia adquiere expresiones inquietantes.

Lo que nadie podrá discutir es que Menéndez Pelayo es hombre de una sensibilidad literaria en verdad apabullante; y que su estilo, brioso sin desfallecimiento, lleva en volandas al lector, que participa con fruición del festín que el autor le propone. Ya en el prólogo, Menéndez Pelayo nos advierte que hay «una gran parte de esta obra, todo lo anterior a Kant, en que he seguido el método histórico, único que por su sabia serenidad conviene a cosas ya tan lejanas. De allí en adelante la exposición tiene que tomar forzosamente carácter más animado y resolverse al fin en ideas propias». Pero, lamentablemente, esas «ideas propias» que nos anticipa brillan, en general, por su ausencia; o sólo las hallamos de modo fragmentario, tímido y con frecuencia confuso, salvo quizá en el análisis de autores que a don Marcelino –por razones sobradamente conocidas– le resultaban se-

ñaladamente antipáticos, como es el caso de Krause. Lo que más frecuentemente hallamos en la *Historia del las ideas estéticas* es una capacidad sin duda admirable para «identificarse» –no escribimos «mimetizarse», para que no entienda de modo injurioso lo que pretendemos señalar– y comprender «desde dentro» a los autores que analiza. Y calificamos de «admirable» esta habilidad de Menéndez Pelayo porque, en efecto, son muy pocos los críticos de arte que tienen la grandeza suficiente para adentrarse en el alma del creador de un modo tan penetrante; tanto, que el lector tiene la impresión de pasearse por sus obras y su pensamiento como quien se pasea por el interior de un palacio, en una visita guiada por un cicerone que no se limita a enumerar cansinamente las bellezas que allí se congregan, sino que se esmera por hacerlas comprensibles, logrando que el visitante participe del arrobamiento auténtico que al cicerone antes le han provocado. Así ocurre, por ejemplo, en su deslumbrante aproximación a Goethe, o en la todavía más entusiasta a Schelling, autor con quien Menéndez Pelayo encuentra más motivos para la fraternidad espiritual, por razones de carácter y temperamento.

Pero si la aproximación que hace a estos autores resulta, en verdad, encomiable (sostenida, además, por una escritura vibrante que no se ha quedado acartonada ni prosecta, una escritura que trasplanta a la perfección la retórica y prosodia del período latino a la lengua española), el juicio que le merece su pensamiento se nos antoja, por el contrario, muy decepcionante. Es como si, confrontado ante tales gigantes, Menéndez Pelayo se empequeñeciese y arrojase; o como si la magnitud de su obra lo obligase a adoptar un tono benévolo, incluso ante sus errores más flagrantes. Para que podamos entender mejor esta debilidad del polígrafo santanderino, nos fijaremos en las apreciaciones que vierte sobre los dos filósofos que, de modo más sistemático e influyente, han marcado una ruptura con la filosofía cristiana anterior, Kant y Hegel. En su prólogo a la *Historia de las ideas estéticas*, don Marcelino nos había advertido que a partir de Kant su exposición iba a tomar forzosamente «carácter más animado» y resolverse al fin «en ideas propias», dejando atrás la aplicación del criterio meramente histórico. Pero llegamos a Kant y tal cambio no se produce; es verdad que el autor nos sugiere que con

Kant «se alcanza una cúspide, pero también al propio tiempo un abismo»; es verdad que observa que «todas las corrientes de la época parecían hostiles al idealismo en su forma antigua, precisamente en vísperas de nacer un nuevo idealismo, mucho más absoluto y radical que cuanto hasta entonces había podido crear ni concebir el pensamiento humano». Pero su crítica a Kant no pasa de ser muy leve; y, en todo caso, subordinada a la admiración:

«David Hume, partiendo del sensualismo, para llegar con acerada crítica a las tesis escépticas más resueltas, iba arruinando en los espíritus la idea de una belleza superior y ontológica y reduciendo cada día más el gusto a una condición relativa y transitoria. En el desprestigio y ruina creciente de todo el dogmatismo en aquel estado de indiferencia filosófica que con tanta energía nos describe Kant en el primer prefacio de su “Crítica de la Razón Pura”, llamándole tedio de pensar, engendrador del negro caos y de la noche, apareció de súbito la doctrina kantiana con la pretensión de renovar desde los cimientos todo el edificio de la ciencia especulativa, no por el desacreditado método de un nuevo sistema igualmente dogmático como los anteriores, no por una nueva clasificación más o menos ingeniosa de los objetos de conocimiento, sino por una crítica del conocimiento mismo. Manuel Kant, haciendo nueva y audaz aplicación del método aplicado por Sócrates y renovado por Descartes, llamó a su tribunal no a los productos de la razón, sino a la razón misma, despojada de todo elemento exterior a ella. El escepticismo de Hume solicitó y estimuló su pensamiento, convirtiéndole a salvar el carácter necesario y universal de los primeros principios mediante un análisis de la facultad del conocer».

Si Kant fracasó en tal empresa o más bien obtuvo en ella un éxito totalmente contrario al que se había imaginado; si, en vez de menoscabar la fuerza del escepticismo, le abrió más ancha puerta con su crítica; si luego se esforzó en vano, con evidente falta de lógica, asiéndose a la tabla del deber moral, única que le restaba en tal naufragio, nada de esto amengua la grandeza del esfuerzo inicial, a juicio de Menéndez Pelayo. Es verdad que sus palabras traslucen un juicio negativo; pero el autor no se atreve a desarrollarlo. Más llamativo todavía resulta el juicio que don Marcelino nos propone de

Hegel, ante quien verdaderamente se descubre y casi se postra en actitud de adoración:

«Después de Platón, Aristóteles; después de Schelling, Hegel, en pos del genio adivinador y poético, el genio dialéctico, organizador y metódico. Pero lo que en Schelling apenas llega a sistema, adquiere en manos de Hegel una trabazón arquitectónica, un rigor lógico inflexible, verdadero círculo de hierro en el que, de grado o por fuerza, entran la idea, la naturaleza y el espíritu. Todo lo racional es real, todo lo real es racional, la lógica se transforma en metafísica, las categorías del pensar reflejan exactamente las del ser. La idea realidad absoluta, pero realidad próxima a la nada, cuando se la considera en la esfera del pensamiento abstracto, lleva en sí, no obstante, el germen y la razón de toda cosa, la plenitud de todos los modos de existencia que no son más que evoluciones o manifestaciones diversas de la idea sometidas a la ley del ritmo dialéctico».

Con razón señala Menéndez Pelayo que «Hegel construye toda la enciclopedia filosófica de su pensamiento con tal carácter de sencillez y grandeza que ha fascinado a sus mayores enemigos». A él, desde luego, así le ocurre en grado sumo:

«Toda la construcción descansa en un postulado gratuito, esto es, en dar valor real y transcendental a lo que es puramente formal; toda ella procede de una abstracción estéril, que la convierte en un puro nihilismo para salir del cual no hay más medio que admitir la identidad de los contrarios, el ser y la nada, y resolverlos en un tercer término: el llegar a ser. Pero admitida esta primera violación de las leyes del pensamiento, todo lo demás se desenvuelve con una potencia sintética que acaso no tiene igual en la historia de los sistemas humanos. Los anillos de la inmensa serpiente hegeliana se enroscan al árbol de la ciencia sin dejar fuera de su contacto punto alguno del tronco ni de las ramas. No es la unidad ficticia y puramente exterior de otros sistemas. Es una comprensión total y orgánica que no suprime ni mutila nada, que a su manera lo explica todo, que sigue paso a paso a la vida en sus infinitas evoluciones, que para todo encuentra fórmulas de

amplitud extraordinaria y a veces de grande alcance práctico, y que junta la riqueza más extraordinaria de conocimientos positivos con el orden y la disciplina más severa, que lo somete todo a la ley primordial del sistema. No se trata aquí de analizar y recorrer íntegramente esta construcción tan vasta como el mundo que él ya pretende explicar. No alcanzan a tanto nuestras fuerzas, y solo un genio igual al de Hegel podría seguirle sin desfallecimiento ni vértigo hasta la cumbre de la especulación. Hegel es el Aristóteles de nuestro siglo y su monarquía, aunque no menos negada y combatida que la del Estagirita, dura y durará como la suya, no sólo en la filosofía pura, que después de él no ofrece más que retazos de su sistema, derivaciones y rapsodias, o bien ensayos pobres y raquíticos de sistematización calcados sobre el suyo, sino todavía más: en el corazón de las ciencias particulares, que Hegel trató con tanta superioridad de entendimiento y a las cuales dio una precisión y un método que antes nunca habían tenido».

Nos hallamos, en verdad, ante un rotundo ditirambo de Hegel, tanto más estupefaciente si consideramos lo que Hegel supuso en la demolición de la filosofía cristiana, ante quien Menéndez Pelayo se rinde, subyugado por la trabazón y armonía de un pensamiento que —como él mismo reconoce— se asienta sin embargo sobre premisas falsas. Algo semejante le ocurre a Menéndez Pelayo cuando enjuicia a Lamennais, arrastrado por las delicias y primores de su estilo, y con otros autores de parecido jaez. Sólo afila sus denuetos y su escritura se torna ácida cuando se refiere a Krause, a quien en verdad pone como chupa de dómine:

«En una historia de la estética escrita fuera de España fácilmente se podría y aun debería prescindir de Krause, pensador de tercero o de cuarto orden a quien casi nadie concede en Alemania la importancia no ya de Kant, de Hegel o de Schopenhauer, sino ni siquiera la de Herbart, o Hartmann, pero como en España, por una calamidad nacional nunca bastante llorada, hemos sufrido durante más de veinte años la dominación del tal Krause, ejercida con un rigor y una tiranía de que no pueden tener ideas los extraños, algo hay que decir de esta dirección funesta que tanto contribuyó a incomunicarnos con Europa y que de todo el riquísimo desarrollo

del pensamiento alemán de nuestro siglo, sólo dejó llegar a nosotros la hueca, aparatosa y fantasmagórica teosofía de uno de los más mediocres discípulos de Schelling: la ciencia verbal e infecunda que se decora con el pomposo nombre de racionalismo armónico. No hay para qué hacer la crítica del tal sistema. Ya los positivistas se han dado cuenta de él aun en España misma; y si queda algún krausista en el mundo lo es de un modo tímido y vergonzante aceptando amalgamas y composiciones con otras escuelas. El krausismo se reduce a un panteísmo misticoide y humanitario disfrazado con el equívoco nombre de panenteísmo. Sólo la afectación del lenguaje ha podido hacer creer a algunos que en él se encerraban grandes misterios y profundísimas verdades y aun cierta conciliación quimérica entre el panteísmo y el teísmo cristiano. La flaqueza intelectual de Krause, sobre todo en cotejo con los grandes filósofos, con quienes algunos han osado compararle, se revela en mil pormenores, verbigracia en la importancia que concede al charlatanismo de los ritos francmasónicos, esperando de ellos nada menos que la redención de la humanidad, o en sus delirios sobre las humanidades planetarias y el progresivo desarrollo de los espíritus con otros detalles o fantásticos grotescos más propios de un iluminado vulgar que de un espíritu científico contemporáneo de Hegel».

Si la pólvora que gasta en salvos la hubiese empleado don Marcelino en disparar contra los grandes pilares del pensamiento anticristiano, la *Historia de las ideas estéticas* habría sido, en verdad, un libro inmenso; pero no la empleó, tal vez por generosidad intelectual, tal vez por falta del andamiaje intelectual que caracteriza al verdadero sabio.

3. Orígenes de la novela

Otro juicio más benigno nos merece *Orígenes de la novela*, obra seguramente menos ambiciosa que la *Historia de las ideas estéticas*, pero de gratísima lectura para los amantes de la literatura, en la que don Marcelino nos propone un estudio de todas las obras narrativas anteriores a Cervantes. *Orígenes de la novela* vio la luz en cuatro volúmenes, publicados entre los años 1905 y 1915, el último ya de

forma póstuma. Se trata, por tanto, de una obra de madurez, que iría apareciendo en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, impulsada y dirigida por el propio autor. En el primer volumen don Marcelino analiza pequeños apólogos, fábulas y «exiemplos»; en el segundo, glosa la obra de don Juan Manuel, también la novela pastoril (con *La Diana* de Jorge de Montemayor al frente) y todas las obras influenciadas por el neoplatonismo de León Hebreo, al estilo de *La cárcel de amor*; el tercer volumen, publicado en 1910 y sin duda alguna el más dilucidador, Menéndez Pelayo lo dedica al estudio de *La Celestina* y de sus continuaciones o imitaciones. Y el cuarto, que se aprestaba a escribir cuando lo sorprendió la muerte, lo pensaba dedicar a la novela picaresca; la Nueva Biblioteca de Autores Españoles llegaría a publicar el volumen, según el plan diseñado por su autor, pero sin su introducción.

Decíamos que *Orígenes de la novela* resultará una obra gratísima para el amante de la literatura española. Ante nuestros ojos, se despliegan los plurales saberes de un galeote de las letras que se ha quemado las pestañas leyendo infolios y manuscritos absolutamente ilegibles. Pero no es esta obra un mero acopio de datos y erudiciones extenuadoras; su estudio sobre la influencia de la literatura italiana (en especial Bocaccio) en los balbuceos narrativos españoles es magistral. Y el lector curioso se topará con revelaciones estimulantes y gozosas. Así, por ejemplo, Menéndez Pelayo nos descubre al oscuro Antonio de Eslava, autor de un cuento que relata exactamente la misma historia que *La tempestad* de Shakespeare; motivo que le permite proponernos esta sabrosa reflexión sobre la tradición literaria:

«Ni la naturaleza ni el arte proceden por saltos. Todo se une, todo se encadena en la historia literaria, no hay antecedente pequeño ni despreciable, no hay obra maestra que no esté precedida por informes ensayos y no sugiera a quien sabe leer un mundo de relaciones cada vez más complejas y sutiles. Los más grandes ingenios son los que han imitado a todo el mundo: Shakespeare, Lope de Vega, Molière, deben a sus predecesores la primera materia prima de sus obras y algo más que la primera materia. No hay producción humana sobresaliente y dominadora que no sea

la resultante de fuerzas que han trabajado en la oscuridad durante siglos. Ni Dante, ni Ariosto, ni Cervantes, ni Goethe se eximen de esta ley. Su grandeza procede de la misma amplitud, vasta y luminosa de su genio, que da hospitalaria acogida a todas las manifestaciones precedentes en su raza, en su pueblo, en su siglo, en la Humanidad entera».

Pero, como apuntábamos más arriba, los pasajes más clarividentes de *Orígenes de la novela* los dedica Menéndez Pelayo al estudio de *La Celestina*, de Fernando de Rojas. Siempre se ha discutido si la autoría de esta magna obra es doble, si Rojas completa una primera parte de autor anónimo que circulaba en la época. Don Marcelino aboga por la autoría única de forma brillantísima; y la ilustra con un esmerado análisis de las influencias de *La Celestina*, lleno de observaciones perspicaces, con un despliegue deslumbrante de lecturas en el que demuestra su conocimiento hondo de los autores latinos —Plauto y Terencio, sobre todo—, así como de autores españoles como el Arcipreste de Hita. Y si brillante es el modo en el que expone el método de sus investigaciones, deslumbrante resulta la defensa que hace de Fernando de Rojas como autor plenamente moral, a despecho de los «jansenistas hazañeros y mojígatos» que desde finales del siglo XVIII incluyeron *La Celestina* en el Índice, después de que durante más de dos siglos circulase con el beneplácito de la Inquisición.

Como ya ocurría en *Historia de las ideas estéticas*, Menéndez Pelayo escribe maravillosamente, con un estilo lleno de brío retórico que nunca se hace pomposo; y su visión de la literatura es siempre «periscópica», alimentada por un número abrumador de lecturas y capaz de poner en relación obras que a nadie sino a él se le habría ocurrido vincular. La grandeza de ánimo del autor es también infrecuente: redime del olvido a autores que yacían postrados en el desván de los armatostes inservibles durante siglos; los pule y abrillanta, hasta tornarlos apetecibles a los ojos del lector contemporáneo; y se esfuerza por penetrarlos hasta su misma médula, de tal modo que su paseo por las geografías del pasado no es el del diletante que se limita a exponer cansinamente un aluvión de erudiciones postizas y epidérmicas, sino la inmersión del buzo que prueba a fundirse con el medio en el que se desenvuelve.

4. Conclusión

Como conclusión, podríamos afirmar, tras la lectura de estas dos magnas obras, que lo más llamativo de Marcelino Menéndez Pelayo –en contra de la imagen caricaturesca que los intelectuales a la violeta nos han legado de él– es que se trata de un autor extraordinariamente «simpático», capaz de reconocer los méritos y la grandeza de autores que se hallan en las antípodas de su pensamiento. Si algo le podemos reprochar a Menéndez Pelayo es, precisamente, la ausencia de una crítica sistemática que filtre y decante ese caudal inmenso de lecturas: diríase que en él pesase más la admiración rendida ante aquellos gigantes del pensamiento que convoca en sus páginas que la revisión de su obra a la luz del pensamiento católico.

Pero a Menéndez Pelayo le colgaron un sambenito; y, como España es país camastrón y perezosote, el centenario de este monstruo de la naturaleza ha pasado casi inadvertido. Caiga sobre sus promotores y consentidores eterno oprobio.